

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 27 DE JULIO DE 1924

NÚM. 20.434

A OCHO DIAS VISTA

La señorita de ahora



De los grandes escritores contemporáneos, es Manuel Prevest uno de los más atentos a la evolución moral de las costumbres. En la novela yo le prefiero a Bourget, sobre quien, dentro del mismo género, tiene dos ventajas ostensibles: el impersonalismo y la ausencia de prejuicios religiosos y políticos. A ratos, leyendo al autor de *Cosmópolis*, suelo decirme: He aquí un hombre a quien debe estar agradecida la sociedad elegante, porque la ha dotado, como Dios a sus criaturas, de dos atributos humanos que no suelen lucir a menudo en la vida corriente: la inteligencia y el sentimiento. Como todos esos grandes señores y esas linajudas damas que pueblan las páginas de Bourget no me recuerdan a los que yo he conocido, me parecen seres de otro planeta. El ilustre escritor les atribuye, sin embargo, unas complejidades mentales y unas inquietudes de conciencia que duplican su prestigio a nuestros ojos, sumando al brillo de sus ejecutorias la superioridad del espíritu, que viene a ser como una segunda aristocracia. ¿Será esa la causa principal de la admiración que despierta Bourget en el mundo de los blasones y de las opulencias? El novelista ha querido ser el confesor de una sociedad y, en cierto sentido, su mentor, y para justificar estas dos pretensiones ha empezado por atribuir a esa sociedad unas preocupaciones morales, unas curiosidades metafísicas y unos escrúpulos de conciencia, que rara vez coexisten en la gente vulgar. Esa posición del literato frente a una sociedad ha engendrado un arte convencional, infiel reflejo de la vida, que suele ser ordinariamente de otro modo, lo mismo entre los señores que entre los plebeyos. Es un modo de despistar a la posteridad, que cuando pretenda conocer los sentimientos, las ideas y las costumbres de nuestro tiempo, se engañará si se fía del testimonio de Paul Bourget.

Marcel Prevest es de un rigor analítico más honrado. El haber convivido con los matemáticos antes de venir a la literatura ha dado a su talento unas ambiciones de exactitud psicológica en el sondeo de las almas y en el estudio de las

costumbres, que confiere a su literatura una categoría aparte. El autor de *El otoño de una mujer* sabe que nos regimos más frecuentemente por la fuerza de los instintos que por la disciplina de las ideas, y lo demuestra en sus libros, igualando a la dama y a la menestrala, al señor y al villano, ante el conflicto que nos plantean a diario nuestra sensibilidad y nuestro interés. Ese respeto a la verdad media de la vida corriente, exento de prejuicios de clase, en virtud del cual las pasiones recobran toda su soberanía como elemento dramático, transmite a la obra de Prevest un sentido humano difícil de superar. Hay que volver la mirada hacia Maupassant para encontrar algo parecido dentro de la novela. Cuando escribe el eminente autor de *Demivierges*, no precisa, como Paul Bourget, que el catolicismo y la monarquía sean las piedras angulares de toda sociedad bien organizada. Su visión del panorama social es más amplia y más desinteresada. Probablemente, Marcel Prevest considera al hombre y a la mujer como dos mamíferos inte-

ligentes, que disimulan una regular dosis de egoísmo y de crueldad tras una endeble apariencia cristiana, que se reduce a desmentir, con la medida de las palabras, la agresividad de los apetitos. Su filosofía no es la de San Francisco de Sales, ni la de Bossuet, sino la que se condensa en el *Homo homini lupus*, del dramaturgo latino, filosofía ineluctablemente si se quiere, pero que, adoptada a tiempo como norma de conducta, nos preserva de decepciones. La educación, como los guantes, permite ocultar las uñas, pero no amortigua la violencia de los golpes. Ahora bien; ¿debemos confiar en que el influjo de la cultura modere el ímpetu animal del ser humano? Con tener fe en la eficacia educativa nada se pierde. Ocurre con eso lo que con el consejo que daba Pascal a un incrédulo: «Acepte usted a Dios por egoísmo propio. Si no existe, nada habrá perdido usted, y si existe, la fe en El le asegura a usted un ilimitado porvenir de ventura.»

Hay que fiar en la cultura como en un saludable remedio de la barbarie, sin

creer por eso que sus resultados vayan a ser inmediatos para el mejoramiento de la condición humana. ¿Cuántos siglos transcurrirán antes de que las montañas se hayan transformado en valles? A no contar con la colaboración providencial de los terremotos, perspectiva poco risueña, muchos siglos. Lo mismo puede sostenerse de la obra moralizadora de la cultura. Nuestro maestro Schopenhauer negaba en redondo su eficacia, y nosotros, que conocemos la ruindad de algunos hombres inteligentes, participamos de aquella conclusión pesimista.

Marcel Prevest ha hecho un alto en su labor de novelista para entregarse al estudio de las costumbres de nuestro tiempo. Su reciente libro *Nuevas cartas a Francisca* es eso: una serie de reflexiones sobre la evolución sentimental de la mujer. En el primer capítulo, que es el que motiva mis comentarios, el eminente escritor se esfuerza en demostrar que la guerra ha sido el primer factor de aquella evolución, y que si la nueva disposición de espíritu de la señorita de ahora está en pugna con el concepto que

veníamos haciéndonos tradicionalmente del pudor, no ha quebrantado poco ni mucho la virtud femenina. En suma, a juicio del gran novelista, se trata de una alternación superficial de la personalidad de la señorita casadera, que no la desorienta de sus deberes. Ya no se podrá aplicar a esas niñas el *castis cum pueris ignara puella mariti*, de Horacio, porque la ignorancia y el pudor, según nos dice Marcel Prevest, se han volatilizado en el alma femenina; pero tampoco es cosa de echarse a temblar por el porvenir de las virtudes conyugales. La muchacha, que antes no se separaba de las faldas de su madre, ha contraído una libertad y un desenfado en sus relaciones con el otro sexo, que escandaliza a los tradicionalistas demasiado timoratos. Sostiene conversaciones un tanto atrevidas, se cibe al bailar, sale sola a la calle y se viste sacrificando a la moda, cada día más pagana, las viejas normas del recato personal. Todo eso es cierto. El gran novelista lo reconoce y lo acepta sin protesta, considerando inevitable, puesto que toda innovación en las costumbres va paralela con una mudanza en las ideas. La muchacha ha adquirido reflexivamente el sentido de su propia individualidad. Sin romper con la familia y sin declararse enfáticamente emancipada, como ciertas heroínas de Ibsen, hace valer aspiraciones a una razonable independen-



MAR EN BORRASCA, DE "EL POEMA DEL ATLÁNTICO", POR NÉSTOR

FIESTAS SOLEMNES

LA DEL PATRON DE ESPAÑA

cia en la adopción de sus gustos. Eso es todo. La rebeldía no va más allá. ¿Hay motivo para sobresaltarse de esa evolución de los hábitos femeninos? Marcel Prevost, que no coincide, por la intolerancia, con San Jerónimo, el más severo y exigente de los Santos Padres con la mujer, no solamente no se escandaliza de esa transformación del sentimiento del pudor femenino, sino que se apresura a disipar las inquietudes de su sobrina Francisca, madre de dos muchachas *modern style*, que traen muy preocupada a la pobre señora con sus libertades. La actitud del insigne literato no puede ser más clara, y se resume en esta conclusión: el que la señorita deje de ser ignorante no quiere decir que haya degenerado en depravada, y el que su interpretación del pudor haya cambiado no significa que esté dispuesta a hacer concesiones al hombre en el terreno de la virtud.

Eso viene a decir, con mejor estilo, Marcel Prevost, con una seriedad que excluye toda sospecha de ironía. Nosotros, francamente hablando, disintimos de nuestro admirado maestro sobre dos puntos fundamentales: el primero, que atribuye a la guerra aquella evolución de las costumbres juveniles de la mujer, y el segundo, que disocia el pudor de la virtud, como si el uno y la otra fuesen elementos simples en la química espiritual. No, mi querido maestro. En España no ha repercutido la guerra, y, sin embargo, un moralista observador podría advertir análogas mudanzas en la mentalidad y en las costumbres de las muchachas. La caridad no motivó las promiscuidades sexuales que justifica el sufrimiento en el hospital cuando la mujer sana cuida del hombre herido o enfermo, y, a pesar de eso, nuestra Eva núbil empieza a mostrarse tan libre y desenfadada como la señorita de París. He dicho libre, sin poner malicia en la idea y solamente como sinónimo de independencia. Conste así, porque no quiero concitar el aborrecimiento de mis lectoras, todas las cuales me parecen irreprochables en lo tocante a honestidad y decencia. Yo veo en esta transformación una simple etapa del femenino, que aspira a salir de nuestra tiranía, y no un efecto de la guerra.

A mi juicio, sin la catástrofe que desencadenó Alemania sobre la Humanidad en 1914, la psiquis femenina hubiera evolucionado en el mismo sentido de libertad. ¿Causas de esa evolución? No me atrevo a precisirlas, porque ello equivaldría a flotar sobre las nubes de la hipótesis.

Tampoco me rindo a la afirmación de Marcel Prevost, según la cual las innovaciones del sentimiento del pudor no se reflejan en la práctica de ciertas virtudes indispensables como garantía del equilibrio conyugal. Dice la Iglesia católica que el incrédulo, a fuerza de rezar concluye por ser creyente. Contrario que afirma la sabiduría popular, el hábito hace al monje, y la mujer que se emancipa de las reglas tradicionales del pudor, acaba por no ser ortodoxa en materia de castidad. Hay en la exhibición de la desnudez femenina un poder de contagio libidinoso que va de un sexo al otro y los envuelve a los dos en la misma llama de pecado. Sobre este punto la sagacidad de San Jerónimo me parece superior a la del gran novelista. Y si no, que cada una de mis lectoras someta el caso a su confesor, aunque haga luego, como de costumbre, lo que más la guste, porque ya es de clavo pasado que entre el confesor y la moda, la mujer no vacila...

Manuel BUENO

Guethary (Bajos Pirineos), julio 1924.

SEGÚN una tradición admitida comúnmente por los historiadores, al morir mártir en Palestina el apóstol Santiago fueron trasladados sus restos a nuestro país.

Descubiertos por modo maravilloso hacia el año 812 de gracia en un bosque lindante con Iria, Alfonso II, a la sazón reinante en Galicia y Asturias, hizo edificar en aquel despoblado (*campus apostoli*, luego Compostela) un modesto templo, que después de haber sido transformado en admirable basílica gracias a la generosidad y devoción de varios obispos y reyes, fué casi completamente destruido durante una de las expediciones guerreras del hagib Muhamad ben Abi Amer, aquel Marte agareno apellidado El Mansur o *Almazor*, que en idioma árabe significa El Victorioso.

Los cronistas cristianos e islamitas dicen que, vencido el héroe por la actitud valerosa de un monje que oraba junto a las cenizas del apóstol, mandó que todos las respetasen, no siendo otra la causa de que aún se conserven en el mismo sitio donde fueron antaño descubiertas, que es el convertido en cripta de la catedral empezada por don Diego Gelmírez al finalizar el siglo XI, y cuyo pórtico de la Gloria disfruta de renombre universal.

La veneración de que es objeto Santiago en España débese a la protección valerosa que durante los primeros tiempos de la reconquista dispensó a los cristianos en casi todas las batallas de poder a poder, en que resultaron vencidos los islamitas.

El primer prodigio de tal clase que refieren los historiadores se relaciona con el discutido «peito burdelo», pues se dice que, peleando Ramiro I para redimirse del odioso «tributo de las cien doncellas», presentáse el apóstol entre los campeones de Asturias, armado de una espada, y causó tantos estragos en la muchedumbre enemiga, que la batalla de Clavijo fué una rota terrible para la causa del Islam en la Península ibérica. Agradecidos a tan gran merced, los vencedores hicieron, según refieren algunas autoridades de las que cuentan el milagro, solemne voto de contribuir constantemente al sostenimiento de la basílica galaica, subsistiendo aún la antigua costumbre de ofrecer un presente pecuniario al apóstol en el día de su fiesta.

Algunos críticos modernos, empeñados en concluir con todo linaje de leyendas y tradiciones, se han esforzado en demostrar que el Voto de Santiago fué una burda invención de los canónigos de Compostela, ganosos de que se convirtiese en derecho lo que sólo era graciosa donación; que la batalla de Clavijo se dió reinando el primer Ordoño, y no con otro objeto que el de castigar la osadía del aventurero Muza bení Casi, vecino igualmente molesto para el Califa cordobés que para el Rey de Asturias, y, en fin, que lo del *peito* o tributo de las cien doncellas no tiene mejor fundamento histórico que el hecho indiscutible de los infinitos matrimonios celebrados entre agarenos y cristianas—a veces contra el gusto de éstas—en los albores de la invasión árabe.

A cuanto queda expuesto cúpleme añadir que, según alguna crónica castellana, en los campos de Clavijo jamás combatió otro guerrero celeste que el patrón de la comarca donde esa batalla se

libró, aquel glorioso San Emiliano, tan querido en la antigua Bardulia, cuando

Harto era Castiella pequeño rincón, cuya cabeza era Amaya y Fitero su hito o límite occidental.

Popularísima leyenda supone que este San Emiliano, llamado comúnmente San Millán de la Cogolla, guerreó diferentes veces contra los musulmanes españoles, efectuándolo al lado del apóstol en el glorioso día de Simancas, según manifiesta Gonzalo de Berceo, que describe así la llegada de los bienaventurados protectores de las huestes castellana y leonesa:

Vinién en dos caballos
plus blancos que cristal,
armas quales no vío
nunqua ome mortal.

Y más adelante:

Quando cerca de tierra
fueron los caballeros,
dieron entre los moros,
dando golpes certeros,
hicieron tal domaje
en los más delanteros,
que plegó el espanto
a los más postremeros.

La fama del antiguo patrón de Castiella, inmensa en los tiempos del conde Fernán-González y en los de doña Elvira y su esposo, Sancho el Mayor, que erigió a San Millán un templo magnífico, declinó extraordinariamente cuando, habiendo declarado el Pontífice Calixto II, tío de Alfonso VII, que las peregrinaciones a Compostela servirían para la remisión de pecados y culpas igual que las visitas devotas a Roma y a Jerusalén, llegó a su apogeo la nombradía del bendito apóstol, y la ciudad de Compostela se convirtió en una de las urbes más célebres del mundo.

A pesar de esto, San Millán siguió siendo, para muchos de nuestros antepasados, el verdadero patrón de Castiella, representándole pintores y escultores jinetes sobre un blanco corcel, espada en mano y atropellando moros, exactamente lo mismo que al hermano de San Juan Evangelista. Así he tenido ocasión de ver la efígie de San Emiliano en una vetusta iglesia segoviana y en el llamado Escorial de la Rioja.

Tornando ahora a lo que nos interesa más particularmente, esto es, a los romerajes a Compostela, de la cual aún se dice:

Fué su cuna un sepulcro;
su casa, un templo;
su pueblo, el visitante del Zebedeo,

me parece oportuno manifestar que en la Edad Media venían los peregrinos a España por las rutas conocidas con el nombre genérico de «camino francés», y que para evitar la rudeza del sol viajaban, generalmente, de noche, sirviéndoles de guía la *via láctea*, que desde entonces se llamó caminito de Santiago.

El final del viaje, atravesando de Este a Oeste nuestro país, lo realizaban los romeros humildes con bastante peligro para sus personas y menguados equipajes, pues en el valle de Araquil y en los montes de León albergábanse aquellos desalmados facinerosos, que al cabo hicieron necesaria la fundación de la Orden llamada Santiaguista, cuyo fin primero fué defender y auxiliar a los peregrinos.

Susténtase en algunos códigos galaicos de fecha lejana, que a fines del siglo X visitó la iglesia primitiva del apóstol aquella beldad narbonense de quien, según la gesta, se enamoró como un loco el castellano García-Fernández:

En Francia casó el buen conde
con esa doña Argentina,
que pasaba por su tierra
a Santiago en romería;

que a mediados del siglo XI estuvo en Galicia como peregrino el Cid Campeador (y fué cuando, según dicen, se le apareció San Lázaro bajo la figura de un leproso); que en el siglo XII visitaron la nueva iglesia muchas personalidades ilustres: prelados en olor de santidad, guerreros valerosos, Luis VII de Francia y su segunda esposa, el navarro Sancho VI, el Papa Calixto II y aquel duque de Aquitania, de quien dice la *musa popular* que llegó a Compostela con los «pes cheos de sangre», porque había recorrido descalzo el camino, y que expiró

¡Mal pocado! ¡Probe vello!

a poco de llegar.

En la centuria siguiente figuran, entre los romeros principales que entonando el canto de Utrera acudieron a ver el glorioso sepulcro, San Francisco de Asís, el poeta Guido de Cavalcanti y el Rey de Jerusalén, Juan de Briena; pero, ¡qué mucho que tal ocurriese cuando a Compostela, aun antes de alcanzar todo su esplendor, vinieron peregrinos coptos, según relata Almacari, y de la Nubia y hasta árabes islamitas ansiosos de encontrar remedio para sus enfermedades y miserias! Porque se daba el caso extraño de que gentes que no creían en Jesús creían en su apóstol...

Durante los últimos siglos del medioevo aumentó de tal manera la nombradía de San Yago—claro es que con perjuicio de la fama de San Millán—, que reinando Fernando V y su esposa, doña Isabel, era rara la ciudad española donde no existiera un templo consagrado al bendito Matamoros.

Y Madrid tuvo el suyo desde fines del siglo XII, en el corazón de la villa de Alfonso VI, a igual distancia del alcázar antiguo que de la vetusta puerta de Guadalupe.

José FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS

Al rededor del estilo

XV

PERO es que con achaque del estilo nos vas a hablar de todo y de otras cosas más?—se me dirá. Y así es y así debe ser, puesto que puede ser. El estilo, el ritmo, la forma, lo es todo. Y estudiándolo es como lo estudiamos todo. ¿Idealismo?

Idealismo se opone, en concepción vulgar, a realismo, así como a materialismo se opone espiritualismo; sólo que la propensión a confundir la idea, esto es: la forma con el espíritu y la realidad con la materia, hace que para muchos sean sinónimos, de una parte, idealismo y espiritualismo, y de otra, realismo y materialismo. Y en rigor no es así, pues que la materia es una idea lo mismo que lo es el espíritu.

El célebre doctor Johnson, el héroe del sentido común inglés, del *common sense*, creía refutar el idealismo, el de Berkeley, dando una patada a un guardacantón, para que se viera cómo existía objetivamente. A patadas suelen razonar los realistas vulgares. Sólo que las patadas, las coces, del realismo vulgar no van siempre contra un guardacantón, sino

que suelen ser contra el idealista. Contra Don Quijote fueron las coces de los yangüeses y las pedradas de los galeotes, y yangüeses y galeotes eran realistas y, a la par, materialistas.

Citábamos no ha mucho las palabras que el Cristo le dió al apóstol incrédulo, a Tomás—no el de Aquino, que no era apóstol ni era realista—, cuando le dijo: «Trae tu dedo aquí y ve mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» (Juan XX, 27.) Donde se ve que Tomás tenía que ver con los dedos de la mano, tenía que tocar para creer en la existencia objetiva de algo. Porque el materialista cree que la vista engaña, pero que no engaña el tacto; el materialista cree que la materia es lo tangible, lo ponderable. Y decimos que cree, porque el materialismo es cosa de fe.

Mas, ¿de dónde se ha sacado que el tacto nos engañe menos que la vista? ¿De dónde que la realidad tangible sea más realidad que la realidad visible? Es como suponer que los trazos que en un aparato dejan señalados las vibraciones del aire sonoro son más objetivos, tienen más realidad, que los sonidos que esas vibraciones nos traen al oído; es como suponer que los tratos que podemos ver—ver—y acaso tocar, teniendo muy buen tacto, en la placa del fonógrafo, son más objetivos, más reales, más materiales, que los sonidos que nos da ese mismo fonógrafo cuando funciona. Es atribuir más realidad a lo mediato que a lo inmediato.

Y aquí de aquello de «la vida es sueño», que, aunque sentencia universal, adquirió especial fuerza—y en el teatro!—en el seno del pueblo más vulgarmente realista. Pero... ¿es así? ¿Es, en efecto, nuestro pueblo, es Sancho realista, es materialista? Tal la opinión del vulgo ilustrado, de los bachilleres y de los duques y de los barberos; mas creo haber probado en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* que éste era tan idealista, tan espiritualista, además, como aquél y tan creyente. Tan creyente como la santísima idea, hija unigénita del espíritu.

Lo que hay es que el pueblo, Sancho, no se ha puesto nunca el problema ese de la realidad objetiva del mundo exterior; semejante problema no existe para él. Porque ese problema es, como el materialismo científico, creación, y creación artificiosa, de bachilleres, duques y barberos. Cuando nos estábamos haciendo bachilleres en artes—¡oh, segunda enseñanza científica!—corría entre nosotros la solemnisima necesidad de que el frío no existe, primera e ingenua fórmula del científicismo.

¡El científicismo! ¡Esta sí que es plagá de la inteligencia! El científicismo castra la inteligencia, la hace estéril. El científicismo, a fuerza de gafas, nos priva de la vista. Habrá que ver la idea que tenga de un camello un piojo científico que lo haya estudiado al microscopio, y esto suponiéndole muy sabio al piojo.

Y el científicismo, que no es ni ciencia, no ya sabiduría, se ha puesto a estudiar el estilo y hasta ha inventado la estilometría. ¡Estilometría! Invención genuinamente tudesca y genuinamente científica. Y ello fué así:

Hay un problema en el estudio del pensamiento platónico, y es el de la cronología de los diálogos de Platón para estudiar el proceso de su poesía filosófica. Cada cual lo trataba según su platonismo, hasta que un inglés, un Campbell, propuso aplicarle un criterio objetivo, es decir, puramente formal, y partiendo de que un escritor cambia periódicamente de estilo, vive su poesía, hizo un trabajo estadístico de ciertas expresiones características que abundan en unos diálogos, mientras escasean o fal-

tan en otros. El criterio, la medida, sorprendió, y como el inglés lo aplicara a otros escritores contemporáneos, y la cronología de cuyos escritos está fuera de dudas, surgió la idea de estudiar estadísticamente, por método cuantitativo, matemático, la evolución del estilo, que es el estilo mismo, en un escritor, y van los alemanes, le llaman a eso estilometría, y ya están contando ablativos oracionales en César o adverbios en tal otro escritor. Que es el modo de no sentir el estilo.

Y ahora conviene decir algo de esto de la evolución del estilo. O sea de la historia. O sea de la vida. O sea del espíritu.

Miguel DE UNAMUNO

CRÍTICA LITERARIA

Bajo el signo de Artemisa (novelas); El ombligo del mundo (novelas), por Ramón Pérez de Ayala.

CUANDO por vez primera intenté hacer la semblanza de Ramón Pérez de Ayala (*La nueva literatura*, T. I, 1916), aún no había éste publicado esas novelas—*Belarmino* y *Apolonio*, *Luna de miel*, *luna de hiel* y *Los trabajos de Urbano y Simona* (1923)—que, según referencias editoriales, han granjeado la prez de las grandes tiradas a este escritor, que ya contaba con la merecida pleitesía de la crítica. (En *Novelas y novelistas* estudiábale Gómez de Baquero, al par que a Galdós y a Baroja.) De 1916 acá, el autor de *La paz del sendero*, *El sendero innumerable*, *Tinieblas en las cumbres*, *A. M. D. G.*, *La pata de la raposa* y *Troteras y danzaderas*, obras que marcaron una época y lograron justa resonancia, ha publicado otros libros, que, como *Las máscaras* (dos tomos), *Política y toros* (ensayos), *Prometeo*, *Luz de domingo* y *La caída de los limones*, nos lo dieron a conocer en los aspectos de crítico sutil, brioso y polémico, hábil en el arte de dar a sus juicios, si no un fondo, un viso de razón, tomando cualquier tema como un *punctum fixum* para remover todo el orbe ideológico, y como un feliz cultivador de la novela corta, tirando a poemática, con tanta mayor facilidad cuanto que en su mayoría publicáronse precedidas de sendos poemas, que eran como su *leitmotiv* y su matriz lírica.

Todos los libros que hemos señalado en el intervalo de 1916-1924 mantienen un nexo claro con las obras primeras del autor, y forman verdaderamente una obra total, al modo de una *comedia humana*, realizada fragmentariamente y cuyos trozos se unen entre sí, a veces por medio de referencias al lector. Todos estos libros recogen la experiencia que el novelista cosechó en la contemplación de la vida y el trato con los hombres, y también el comentario que esa experiencia determina en su espíritu reflexivo y sapiente. A veces, y no es el aspecto menos interesante del autor, erigese éste en hado, aspirando a usurparles al destino y la vida sus arcanos resortes, y enseñándonos prácticamentes cómo podemos dirigir y señorear lo fatídico. (Aquí Pérez de Ayala tiene por antecesor a Ganimet y por compañero a Unamuno.) Nacen de aquí distintas direcciones, según la zona de la realidad a que el autor aplique la linterna sorda de la observación reflexiva; y tenemos unas veces la novela de la corte, que es también la novela de la picaresca literaria y política (*Troteras y danzaderas*); otras, la novela de los pueblos españoles—*Luz de domingo*, *La caída de los limones*, *Bajo el signo de Artemisa*, *El ombligo del mundo*, y también, en cierto modo, *Luna de miel*, *luna de hiel* y *Los trabajos de Urbano y Simona*—, que son, en la parte meramente artística, descripciones de la vida pueblerina española, aunque por su ideología se remontan a intencio-

nes más altas. Y dentro de esta novela de pueblos cabría situar la novela del pueblo asturiano y considerar a Pérez de Ayala en el aspecto de escritor regional, siguiendo la genealogía literaria de *Clarín* y el patriarcal don Armando.

A ello especialmente nos invitan los trabajos contenidos en estos dos libros: *Bajo el signo de Artemisa* y *El ombligo del mundo* (1924). Los principales de estos trabajos, *Artemisa* (novela dramática), *Erodo* (novela pastoral), *Padre e hijo* (tragicomedia), recogidos bajo el caudal broche mitológico del primer libro, y todos los que componen el segundo—*Grano de pimienta* y *Mil perdones*, *La triste Adriana*, *Don Rodrigo y Don Recaredo*, *Clib*, *El profesor auxiliar*—se desarrollan en paisaje asturiano y entre gentes de Asturias. El autor crea en ellas una dilatada prole de personajes, aristocráticos y plebeyos, intelectuales e ignoros, cuya gesta se desarrolla casi exclusivamente en los pueblecitos de Congosto y Reicastro. De estos personajes hay algunos que pudieran designarse genéricamente con los nombres del ricocho con fuero de nobleza, el villano, el curita, el secretario de Ayuntamiento, el poeta, y que ya son conocidos y familiares en nuestra literatura contemporánea, sobre todo en la novela gallega, con la que esta novela asturiana muestra semejanza indudable. Tan sólo falta en ella el tipo del mendigo que casi siempre aparece en la actual novela galaica (Valle-Inclán-Camba); pero en sus líneas generales, en el estado de rezagado feudalismo que refleja con sus señores despóticos y patriarcalmente fecundos, sus villanas complacientes y sus villanos mansos y cachazudos, para aceptar, no ya el *jus primae noctis*, sino el *jus cujusvis noctis*, una y otra novela se asemejan (y lo mismo en el paisaje) hasta parecer que tienen por escenario una misma tierra. El don Cristóbal de *Erodo*, ese rey Lear astur, como el autor le llama, trae a la memoria, no obstante su firme individualidad, el don Juan Manuel de *Romance de Lobos* y también el don Manuel de *La niña de Luzmela* (novela montañesa de Concha Espina), siendo, en suma, el gran señor, pletórico de energías, la recia águila del Norte, con su cortejo de curas adúladores, mozas seducidas y criados mansos y fieles como canes.

Sin duda esa Asturias tiene algo de libresca, pues en *El ombligo del mundo*, que nos sitúa en el valle del Congosto, vemos otra Asturias más moderna y viva, cuyas peculiaridades no logran tal resalte arqueológico. Y con efecto; allí asistimos a esa evolución de la Asturias tradicional, a esa extinción de lo típico que J. Francés ha hecho notar en *La raíz flotante* (1922). En Congosto y Reicastro hay ferrocarril, un *Clib* (donosa grafía del *Club* inglés), donde se juega a la ruleta, y un grupo de intelectuales, *Los escorpiones*. En *El ombligo del mundo*, el autor, como es natural, pasa del tono épico de *Bajo el signo de Artemisa* al tono satírico, que requiere una hu-

manidad más menguada. Aunque siempre su inspiración y su estilo se elevan hasta lo sublime en torno a algunas almas superiores y simbólicas como la de la dulce Adriana.

El ombligo del mundo tiene, además, una alta intención filosófica: la de examinar nuestra relación respecto al universo y la mejor manera de defender e incrementar nuestro yo, que a juicio del novelista estriba en el justo medio de no encerrarnos demasiado en nosotros mismos (actitud búdica), ni despararmos con exceso fuera de nosotros (falso dinamismo del hombre de acción). Pérez de Ayala nos aconseja, repitiendo la lección de Goethe, vencer al Tiempo con pensamientos y obras inmortales.

El libro toma así un carácter de *exemplo* o apólogo muy natural, ya que su autor es un pensador profundo que, al crear sus personajes novelescos y enredarlos en una acción, parece jugar con ideas encarnadas en algún doméstico teatrillo de su fantasía. Y ésta quizá sea la parte flaca de su obra y de su procedimiento creador, ya que no parece tomar por inspiradora a la Naturaleza como los verdaderos artistas, haciendo de su alma muro de rebote para la flecha de fuera, sino suplantarla por ese otro mundo, menos mórbido y estético, aunque pueda ser igualmente dramático, de las ideas. La sugestión de su obra no parece llegar a él de fuera, para salir luego al exterior enriquecida, sino nacer en él mismo en forma de alguna pre-ocupación racional o ética, que busca luego en el mundo exterior formas vivas y concretas en que manifestarse. Da aquí que sus personajes tengan siempre algo de entelequias o fantasmas y no logren interesarnos como individuos, y que sus libros dejen en nosotros, no una huella emotiva, sino una preocupación cavilosa. De la espesa humanidad que por sus novelas desfila no ha logrado puesto en el padrón humano hombre ni mujer alguna, y eso que el autor los caracteriza y extiende la cédula con prolijidad galdosiana. De *Luz de domingo*, una de sus mejores obras, perdura solamente el tema poemático, la idea de esa luz dominical, más beatífica y mirífica que la de los días más ideas, pero cuyo prestigio sólo puede apreciarlo un poeta. En sus dos últimos libros únicamente tienen verdadero realce personal y pulso de vida, Gloria, la gentil amazona de *Artemisa*—quizá demasiado perdida en el mito de la diosa cazadora—y el *tonitronante* señor feudal de *Erodo*, ese don Cristóbal que luego se repite en el don Rodrigo de *Don Rodrigo y Don Recaredo*; toda esa descripción satírica de la vida social del pueblo de Congosto se recuerda como una pintura abstracta y como una meditación dramatizada sobre el problema de las relaciones del yo con el mundo externo.

El ingenio de Pérez de Ayala retoza en la zona de los géneros literarios híbridos, componiendo una forma de novela en la que hay amenidad, erudición y doctrina, pero faltan la vida y sus pasiones. El estilo, sentencioso, propende al tono docente de los tratadistas morales, sin que carezca de esa donosa ironía que sazona la gravedad de la lección. En general, y por esto mismo, resulta agraz y acedo, con el imponente pertrecho de una Minerva, armada de punta en blanco, sin ese toque amable que tan bien hace en la obra no menos intelectual de D. Juan Valera, cuyo famoso guante blanco parece trocado aquí en férreo guantelete. La musa de Pérez de Ayala es una musa del Norte, y se conserva en sus labios el acre regosto de la sidra.

R. CANSINOS-ASSENS

LA SOMBRA DEL ALCALDE

CUENTO PARA NIÑOS POR MANUEL ABRIL

VERÉIS lo que sucedió en aquel pueblo, y al alcalde de aquel pueblo, y a la sombra del alcalde de aquel pueblo. El alcalde de aquel pueblo se estaba quejando siempre de su sombra. ¡Ya veis! Había llegado a alcalde nada menos, y, sin embargo, estaba a todas horas renegando de su sombra.

La sombra estaba amoscadísima. «¿Pero qué querrá este hombre?»—se preguntaba la sombra, muy picada—. «El mejor día me cargo y me voy.»

Y, en efecto, un día que el alcalde llevaba ya cien veces de repetir lo de «Maldita sea mi sombra», la sombra dio media vuelta y se largó, se largó sin que el alcalde se enterara.

Así que se vió sola, se sentó en un banco—a la sombra, por supuesto, para que no la descubriesen—y comenzó a pensar lo que haría. Después de meditar unos minutos, formó su plan y se encaminó a casa de un chino que había en la ciudad, famoso porque había inventado unas sombras: las sombras chinescas.

—Muy buenas—dijo la sombra al chino cuando entró en casa de éste—; vengo aquí para que nos dé usted un surtido de sombras... Quiero una colección de diez o doce... Me acabo de separar ahora mismo del alcalde. No quiero vivir más tiempo con él; no hay quien aguante a ese hombre, y quiero hacer con él y con otros desgraciados semejantes un escarmiento de los buenos. Por eso vengo aquí: para que me dé usted una docena de sombras, de las peorcitas que tenga, y me preste usted unos operarios de su casa que vengán conmigo, quiten a unos cuantos la sombra que tienen y les pongan las otras. ¿Le parece?

Llamó a sus dependientes del almacén, y les dijo que enseñaran a la sombra del alcalde todas las sombras viejas que había en el desván.

La sombra del alcalde escogió las que quiso, y al poco rato salió del establecimiento seguido de los dependientes.

—Aquí hay uno...

Se encontraron al concejal primero, que estaba mirando un bando del alcalde, y callandito vino el chino de las tijeras y le cortó la sombra que tenía; luego vino el encargado del engrudo, le pegó a los talones la otra sombra, y en cuanto terminaron la operación se marcharon las sombras y los chinitos, sin que el concejal se enterara.

El concejal, pasado un rato, notó que marchaba detrás de él una sombra muy rara; se volvió a ver qué era aquello, y no vió nada: la sombra salía de sus mismos pies...

«Pero, ¡cuerno!... ¿Cómo es esto?...» Pegó un brinco para ver si se le había enredado algo entre las piernas, y la sombra pegó otro brinco igual... «¡Demonio! ¿Qué era aquello?...» Se acercó a una pared, alzó los brazos, encogió y estiró las piernas, se torció para un lado y para otro... y, en efecto, la sombra hacía los mismos gestos y las mismas contorsiones...

Lo mismo ocurrió con los demás. Hubo concejal que se metió en un cuarto, se encerró, encendió el quinqué y se estuvo haciendo ejercicios hasta convencerse de que aquella sombra era suya.

Había sombras para todos los gustos: cafeteras, sifones, tijeras, un maniquí de señora, unos zorros, una chimenea, un farol, un espantapájaros, etc.

Se estuvieron todos metidos en sus ca-

sas durante días y más días, sin atreverse a salir, porque en cuanto salían a la calle volvía la dichosa sombra a dejarlos en ridículo. Querían ver los pobres hombres si aquellas sombras raras se cansaban, por fin, de estar con ellos y se iban de una vez; pero hasta que no ocurriera eso no querían que se enterasen ni siquiera los criados de su casa, para que no lo fueran contando por el pueblo. Por eso todos se quedaban en la cama, diciendo que tenían un resfriado atroz y que necesitaban sudarlo.

quisieran desprenderse de él a fuerza de puntapiés, zapatetas y esparavanes. Los chicos empezaban a sorprenderse y a mirar, muy intrigados, al ver que todos los notables del pueblo se habían vuelto locos y parecía que les iba a dar a todos un ataque.

Tuvieron, pues, los infelices que volverse otra vez a su casa. No había más remedio...

Pero las sombras se habían despegado ya con tantas sacudidas, y cuando las víctimas llegaron a sus casas y se restre-

El maniquí, muy presumido, se levantó a echar un discurso; el sifón, que estaba constipado, no cesaba de estornudar; la cafetera, que tenía muy mal genio, empezó a renegar del sifón, porque no le dejaba oír, con los estornudos, el discurso del maniquí. Las tijeras, por su parte, protestaban, porque la chimenea tenía muchos humos. El alcalde tocó la campanilla; pero nada... El espantapájaros quiso hablar; el alcalde no le hizo caso; las tijeras le pegaron un pinchazo al farol; la cafetera le metió el pitorro al maniquí por el estómago; el sifón le estornudó a la chimenea, y todos empezaron a darse trastazos.

Como no metían ruido, nadie se enteraba. El portero fué a abrir la puerta y se encontró con que el salón de sesiones estaba lleno de fantasmas negros; salió a todo correr por las calles del pueblo, diciendo que en el Ayuntamiento había duendes. Algunos curiosos fueron a ver si era verdad, y como, efectivamente, vieron aquel lío de sombras, salieron espantados, dando voces, especialmente las mujeres, que chillaban como perseguidas por cientos de ratones. Las demás gentes, asustadas ya por tantas cosas raras como pasaban en el pueblo en aquellos últimos días, empezaron a correr y a encerrarse en sus casas, temblando.

Aquello hubiera durado años y años si no hubiera ocurrido una cosa que, al fin, puso término a todo.

La sombra del alcalde se había puesto enfadadísima, porque no le hacían caso las demás y el espantapájaros se empeñaba en hacer de alcalde y coger la campanilla, y como dijo que iba a llamar a los guardias para meter a todas en la cárcel, se le sublevaron las sombras, y cogiendo a la sombra del alcalde, se la llevaron para pegársela al burro del molino.

Cuando el burro se vió con aquella sombra, que no era la suya, empezó a cocer y corcovos, como siempre que se le montaba alguno que no fuese su dueño. Fué de todo punto imposible que le hicieran trabajar y que se estuviera quieto. El burro se empeñaba en atropellar al sujeto aquel que se le ponía delante, y la sombra se empeñaba en huir del burro y montarse encima para que no le diera coces.

Gracias que en esto vino el chino y puso al burro con la sombra en mitad del camino que iba desde el Ayuntamiento al molino. La sombra del alcalde tiraba para un lado, queriendo irse al Ayuntamiento, y la del burro tiraba para el otro, queriendo irse hacia el molino; así se estuvieron una y otra, tira que te tira, hasta que al cabo de dos horas, ¡al fin!, se despegaron.

La sombra del alcalde volvió entonces a unirse con su dueño, y éste se abrazó al verla, comprendiendo que no había para él sombra mejor que aquella; que, mala o buena, era la suya, y no es fácil separarse de una compañera tan fiel, tan antigua y tan constante, sin que la echemos de menos a todas horas y se nos haga la vida imposible.

Lo mismo comprendieron los demás: cada cual volvió a estar con la sombra que estaba, y así acabaron sus días todos, tan felices, contentísimos, al fin, por encontrarse otra vez tal y como habían sido siempre.

Manuel ABRIL



Un día, por fin, se decidieron a salir todos a una. Echaron a correr, por ver si pescaban distraída a la sombra y se separaban de ella antes de que la sombra lo advirtiera; pero ¡qual!, la sombra les seguía por todas partes, y era peor que todo ver a una cafetera o a un farol corre que te corre detrás de un concejal, y ver al concejal dando sacudidas con las piernas, como si un perrillo les fuese a morder las pantorrillas y quisieran zafarse del olucho a puntapiés. Furiosos, fuera de sí, enrabietados, se pusieron a patear y a dar coces, a frotarse las botas con la pared y con la acera, como si tuvieran el barro pegado a la suela y

garon las botas en el limpiabarros de la puerta, se desprendieron del todo las sombras y quedaron solas, como antes. Los propietarios, sin embargo, no se enteraron de nada, porque como estaban en la sombra de la casa no vieron lo ocurrido, y mientras, todos ellos se entraban en sus cuartos respectivos y se dejaban caer en los sillones respectivos, consternados, como si vinieran de casa del médico y les hubiera desahuciado. Las sombras, por su parte, se reunieron todas, y, ¿qué hicieron?... Pues ir al Ayuntamiento todas juntas.

—Queda abierta la sesión—dijo el alcalde.

EL SORTILEGIO DEL MAR

NOVELA CORTA ORIGINAL DE VALENTÍN DE PEDRO

I

La sala está en una suave penumbra, cuando Elenita entra en ella, con paso rápido y mirada cautelosa, como si temiera ser descubierta. Se acerca a un ventanal; descorre la cortina que lo vela. La luz, en un rápido ataque, gana la habitación. Y es como si al mismo tiempo hubiese descubierto un cuadro; en el cielo, azul y luminoso, se recortan los altos mástiles, los palos mayores, las jarcias, las banderas y las chimeneas de los barcos. Más abajo, las manchas rojas y negras de los cascos de acero. Es todo el puerto el que entra por aquel ventanal, cuando la recién llegada descorre la cortina.

Suena la sirena de un barco, anunciando su partida. La muchacha, que está junto al ventanal, se estremece, y se dijera que el grito prolongado de la sirena quiere arrastrarla con él, porque su figura se alarga, como fundiéndose en aquel sonido.

Un gran transatlántico maniobra lentamente en el puerto, buscando la salida hacia las olas libres.

Haciendo guiños a la luz entra en la habitación, sin que Elenita se aperciba, una viejecita de rostro suave y bondadoso, bajo sus cabellos grises.

—¿Por qué has abierto? Esta luz del mar deslumbra, hace daño a los ojos...

—¡Tía Fidelia!

—¿Qué hacías aquí, hijita?

—Miraba el barco que se marcha.

—No parece sino que los barcos tienen imán para tus ojos.

Como para dar la razón a tía Fidelia, Elenita vuelve su mirada hacia fuera. El transatlántico está saliendo de la bahía, y su gallarda proa corta las olas en dirección al Norte.

—¡Mire, mire usted, qué bonito!

—Harta estoy de verlo. En sesenta años que tengo no he visto otra cosa.

—Todos los días se va desde aquí algún barco que llega o que se marcha; pero siempre me gusta verlo, como si lo viese por primera vez... ¡Es tan bonito!

—Para verlo de lejos, no para el que va embarcado... El mar es muy traicionero.

—Pues a mí me gustaría mucho viajar. Sólo he hecho un viaje, en el que vinimos aquí, y me causó una impresión que no se me olvida nunca.

—No puedes acordarte. Eras tan pequeña...

—Me acuerdo, sí. Tendría yo cinco años, ¿verdad? Y cuidado que el viaje fue corto...

—Yo también fue la primera vez que me embarqué. ¡La primera y la única! Y en mi vida he pasado una angustia mayor. Creía morirme... Fueron ocho ho-

ras, pero me parecieron ocho años... No lo puedo remediar, el mar me da mucho miedo... ¡Cuántas veces pienso que todas las desgracias nos han venido del mar!

En las palabras de tía Fidelia hay un doble sentido que escapa a la percepción de Elenita.

Evocan el viaje. ¡Y cuán diferente es la evocación en la mente de la anciana y en la de la niña! Dejaron una isla para venir a vivir a otra. Pero, en aquel viaje al menos, rompieron el aislamiento. Para la niña fue cosa de juego; para la anciana, aquel viaje tenía un sentido más profundo: huían del pasado. Elenita empezaba a comprender, se abrían sus ojos a la vida, y era preciso evitarle una revelación indiscreta. Había en su vida un secreto...

La evocación fue muy breve, porque vino a interrumpirla el ruido de un coche que se paraba en la puerta de la casa. Elenita volvió la espalda a tía Fidelia y al pasado, y miró a la calle, primero con curiosidad, luego con sorpresa.

—Mire usted, tita: se ha parado un coche delante de la puerta.

—¡Qué raro! No ha llegado ningún barco...

—Es un pasajero del Buena Esperanza.

—Otra vez estoy aquí.

—¿Es que ha perdido usted el barco?— le interroga tía Fidelia mientras le mira de arriba a abajo, escrutadora.

Aquella mirada parece turbar al viajero, pues aunque no deja de sonreír, se percibe un leve temblor en su voz, que poco a poco va dominando, hasta recordar totalmente su serenidad en las últimas palabras.

—No he perdido el barco... Estaba ya a bordo, cuando me entregaron un cable, en el que la Casa que viajo me ordena quedarme en la isla por asuntos comerciales...

La criada se dirige a tía Fidelia para decirle que el viajero quiere una habitación con balcón al mar, y que le acompañaba a que viese las que hay desocupadas.

—Entonces ninguna mejor que la número 3, que tiene un ventanal como éste— comenta tía Fidelia.

El viajero mira al ventanal; pero mira más a Elenita y sonríe, diciendo, con una frase ambigua que encierra un propósito para la muchacha:

—Dudo que sea como éste...

Elenita se ruboriza y baja los ojos, para esquivar la mirada del viajero,

los trigales; más que un color parece un resplandor. Su silueta es fina y esbelta.

Cuando va a misa los domingos por la mañana, o por las tardes pasea por la plaza con sus amigas, se destaca entre todas las muchachas de su edad por algo original de su belleza. Hay en la ciudad muchachas tan hermosas como ella o más, pero se distingue de todas por cierto aire de ensueño y lejanía.

Vive con su madre—doña Elena—y con tía Fidelia, a la que llaman así por abreviar, pues en realidad es tía-abuela, hermana de la madre de doña Elena. No conoce más familia; su padre murió antes de que ella naciera, según lo ha oído referir mil veces.

Como corresponde a su edad y a su belleza, Elenita tiene un novio—Carlos—, muchacho de pocos años más que ella, empleado en las oficinas de una Compañía de vapores. El noviazgo está muy adelantado, y para concertar la boda su madre está estos días con la de su novio, en un pueblecito del interior de la isla.

¿Cuál parece ser su destino? Vivir sus días iguales y monótonos; prepararse a vivir nuevos días, monótonos e iguales... Siempre el mismo paisaje, siempre el mismo horizonte. La obsesión de estar cercada por el mar, y que sus olas rodean la isla, como su vida, en un abrazo del que nunca podrá libertarse. Y siempre un ventanal abierto hacia la bahía, con sus barcos que vienen de Europa y de América, cuyas banderas evocan las naciones lejanas de las que partieron un día y a las que volverán otro... El puerto, donde los palos mayores y los mástiles y las jarcias son como las cuerdas de una inmensa lira, en la que el viento canta la canción de la libertad y la alegría de navegar...

¡Cuántas veces ha obsesionado su alma aquella canción! Hasta darla tentaciones de dejar su casa y su madre y su novio, y su vida toda de la isla, para correr en pos de la aventura; hasta soñar en esconderse en uno de esos grandes transatlánticos que hacen escala allí, para que la descubrieran en alta mar, cuando ya no tuviese remedio, y se vieran obligados a llevarla hacia un país desconocido, donde la aguardara lo imprevisible...

Pero ella tiene su vida. Vive en medio de sus días iguales, como la isla en medio del mar, y no puede libertarse—su vida como la isla... ¡Y tan cerca aquel camino infinito, de infinitos caminos que llevan hacia otros mundos, hacia otras existencias distintas!

Se pasa las horas muertas en el ventanal, contemplando el mar y los barcos que vienen y que van... Suele sacarla de sus abstracciones la voz de tía Fidelia,



—Yo no le veo bien desde aquí.

—Baja sus maletas; entra en casa...

—¡Pero si su barco está ya saliendo de la bahía!

—Se marchó esta mañana para embarcar junto con los demás pasajeros que estuvieron aquí hospedados.

Hay un silencio embarazoso, por el que se abren paso las palabras del viajero y las de la criada que le acompaña.

—¿De modo que puedo quedarme aquí?

—Sí, señor; todo el tiempo que quiera.

En la puerta aparece el viajero que vuelve. Trae una maleta en la mano, y al descubrir a las dos mujeres, se quita la gorra de viaje. Es un hombre de unos cuarenta y cinco años; más bien alto que bajo, delgado, con cierto aire donjuanesco, a pesar de sus cabellos blancos, que contribuyen a hacer interesante su rostro, sonrosado y risueño. Inclina levemente la cabeza, insinuando un saludo.

audaz y penetrante. Se dijera que su alma ingenua y pura ha recibido íntegramente la alusión, como si hubiese adquirido de pronto la ancestral sabiduría del amor.

El viajero sigue su camino, acompañado por la criada, a través del corredor al que dan las habitaciones exteriores. Tía Fidelia lo sigue con la mirada—mirada instintiva de presentimiento y desconfianza—. Pero, ¿por qué? ¿Qué tiene aquello de particular? Un viajero que va a pasar varios días en el hotel... No ha visto otra cosa en toda su vida.

Elenita sigue junto al ventanal.

II

Tiene diecisiete años. Es de una belleza espiritual y melancólica. Sus ojos son verdes, del color del mar, y su pelo, de un rubio desvaído, como las espigas de

que, como si leyera en su pensamiento, le dice:

—El mar llama; pero ¡ay! de quien le escucha... Tu padre se perdió en el mar... Todas las desgracias nos vienen del mar...

III

Hacia dos días que el transatlántico *Buena Esperanza*, que viajaba de Cuba a España, había atracado al muelle, en aquel puerto obligado de la ruta, en medio del Atlántico.

Los pasajeros, ansiosos de pisar tierra firme después de la larga travesía, se diseminaron por los hoteles y fondas de la ciudad, y algunos fueron a parar a casa de doña Elena Valderrama, que ostentaba pomposamente el título de *Hotel Bella Vista*. Entre ellos se contaba el viajero que, a punto de partir el barco, había recibido orden de quedarse en la isla y había vuelto cuando nadie lo esperaba. ¿Nadie? Cuando se detuvo el coche en la puerta, el corazón de Elenita golpeó violentamente en su pecho y se dijera que le advertía: ¡Es él!

En los dos días que se hospedó en su casa el viajero aquel había dejado una honda huella en su espíritu. Coincidió su estancia en el hotel con la ausencia de su madre, y eso contribuyó a que el viajero tuviera más libertad para impresionar su alma, a pesar de la vigilancia insistente de tía Fidelia. Se había impuesto a su atención, había ganado su voluntad y se sentía atraída a él por una fuerza irresistible. Su sonrisa la cautivaba, como el mar, con su sonrisa innumerable, según la imagen de Esquilo. Su lenguaje le traducía, en acentos humanos, la canción del mar y del viento, en palabras de profunda seducción. Se dijera que hablaba el lenguaje de un enviado del Destino que venía a libertarla. A libertarla, sí, porque ella era como una prisionera de la isla, como una prisionera de su propia vida, y mirando al mar constantemente soñaba que por sus infinitos caminos viniese algún día su liberación. Su sueño era indefinido; pero eso no importaba para que la poseyera por completo y la dominara. Vendría su liberación, sí; no sabía bien de dónde ni cómo, pero estaba segura que vendría; tanto la ansiaba.

El viajero había borrado de su mente y de su corazón la imagen de su novio, tímida y apasionada. Lo primero que la impresionó fué su aire de hombre que ha corrido mucho mundo, en el que se realizaba plenamente su deseo de aventura. Asombraba a todos, aun a sus propios compañeros, con el relato de sus viajes. Había recorrido toda la América española y parte de la inglesa; hablaba de ciudades gigantescas, como Nueva York y Buenos Aires; de ríos fabulosos, de bosques vírgenes, de paisajes de maravilla... Hablaba a todos, pero tenía buen cuidado de dar a Elenita la sensación de que todo se lo contaba a ella. Había advertido al instante el efecto que le producían sus palabras, y procuraba sacar de aquello todo el partido posible. Comprendía que se encontraba ante un alma virgen, como arcilla blanda que podía modelar a su capricho, y bajo sus cejas negras y un poco arqueadas, de sátiro, su mirada se encendía de deseo al mirar a la isleña.

La conmoción que el viajero había producido en el alma de Elenita hubiese pasado con el tiempo; su marcha era la seguridad de que su vida seguiría siendo lo que había sido hasta entonces: una isla, a cuyo alrededor cantaba lo desconocido con voces cautivadoras, condenada a permanecer inmóvil. Pero ahora... El regreso inesperado del viajero volvía a desquiciar su vida interior y a

remontarla en un torbellino hacia espacios fabulosos de ilusión y de ensueño.

IV

Tan abstraída se había quedado, que no advirtió que alguien le hacía señas desde la acera de enfrente, muy extraño de que no le respondiera. Era su novio. Alarmado por aquella actitud, éste subió hasta la habitación donde se encontraba la muchacha.

—¡Elenita!

Ella se volvió con susto, y la primera mirada que dirigió a su novio fué de sorpresa, como si se encontrase delante de un extraño. Aquello duró sólo un instante fugitivo, pero bastó para revelar que se encontraba muy lejos de cuanto la rodeaba.

—¿Eras tú, Carlos?

—¿En qué pensabas tan distraída?

—En nada... Es que no te esperaba...

—Vengo del puerto, de despachar una carga que va en el *Buena Esperanza*, y al volver a la oficina me he desviado para ver si había noticias de tu madre. Es sólo un momento.

—Ya sabes que no la esperamos hasta después de mediodía.

Ante la frialdad de su novia, Carlos exclama con acento desolado:

—¡Es que ya no me quieres!

Palabras impregnadas de la profunda tristeza que acongoja al alma en las vicisitudes del primer amor. Porque aquella criatura es su primer amor. La conoció hace dos años, a poco de llegar a la ciudad, y desde entonces ella es la dueña y señora de sus pensamientos. La finalidad de su vida es casarse con ella, pues le parece que aquel amor es un don del cielo, sin el cual, como sin el aire, no podría vivir.

Así se explica su pena al notar la indiferencia de la amada, que puede significar desvío; así se comprende la ansiedad con que espera el regreso de la madre de Elenita, que ha ido a concertar la boda con la suya. Espera su felicidad definitiva.

—Luego vendré... ¡Hasta luego!

—¡Adiós!

Es el último saludo. Ella, en el ventanal; él, en la calle. Le mira alejarse, un poco absorta; le sigue con la vista; pero, ¿es a él a quien ve?

Cuando su novio ha desaparecido, vuelve su rostro y se encuentra con el viajero, de pie, en medio de la habitación. Este sonríe, con su eterna sonrisa, en la que hay un puntito de ironía. La muchacha baja los ojos y se encienden sus mejillas; un calofrío recorre todo su cuerpo, como si aquella mirada fuera rozando su carne y envolviéndola como apretada red.

V

Doña Elena Valderrama parece descansar de una gran fatiga física y moral en el asiento del coche de primera, abandonada con laxitud a una posición cómoda y a una idea agradable. Su cuerpo sigue acompasadamente los vaivenes del tren, que va subiendo la montaña, y dijérase que su pensamiento también se mece en aquel ritmo.

Aparenta no tener más de treinta y cinco años, y es bella, con la belleza expresiva y jugosa de la segunda juventud.

Mientras sus ojos van recorriendo pueblecillos blancos, prados de esmeralda y montañas de terciopelo, por su mente va pasando su vida. ¡Su vida! Nadie conocía su secreto en la ciudad, como no fuera tía Fidelia. Aquel secreto que enturbiaba sus días, serenos y claros, como manantial puro, según toda apariencia. Nadie podía sospechar que detrás de su

austera serenidad se escondiese un alma desolada por el pecado, por un instante de ceguera y locura. Un instante nada más a lo largo de su vida, ¡pero que pesaba tanto!...

Todos creían en la ciudad, donde vivía hacia doce años, que era viuda y que su marido había muerto en el mar, en un temporal. Lo único que sabían concretamente es que un día llegó, procedente de la otra isla—gemelas en medio del Atlántico—, con tía Fidelia y Elenita. Y que a poco de llegar estableció un hotel, negocio que conocía por haberlo tenido ya en el otro puerto.

Pero la verdad era que en su juventud había sido seducida por un viajero que se hospedó en el hotel de sus padres, y que, como recuerdo vivo de su falta, tenía aquella hija: Elenita.

En la ciudad donde ahora vivía nadie conocía su pasado, y pudo esconder su secreto tras una mentira. Pero llegó un momento decisivo en que era preciso decir la verdad. Ella no podía consentir que siguieran adelante las relaciones de Carlos con su hija, sin que la madre de él, primero, y después él mismo, supiesen esa verdad. Por él no temía, porque su amor por Elenita estaba por encima de todo; pero necesitaba el consentimiento de su madre. Y casi tanto como el consentimiento necesitaba su absolución, para que su alma pudiera gozar, al fin, de una total serenidad.

¡Por eso la había inquietado tanto aquel viaje! De él dependía la felicidad de su hija y también la suya. Pero podía estar satisfecha: volvía triunfadora y feliz. La bondad era un manantial que aún no se había extinguido, y ese manantial lo había encontrado en el corazón de la isla, en aquel pueblecito del valle que acababa de abandonar: en la madre de Carlos. A ella le abrió su alma y le enseñó su herida recóndita, que ni un solo día había dejado de supurar dolor. ¿Tenía su hija alguna culpa en su falta? ¿No era bastante a pagar su pecado toda su vida de expiación?

La madre de Carlos supo comprender y perdonar. Vió toda la inmensa bondad del alma que se abría ante ella en confesión, y en vez de aumentar su dolor con una actitud de intransigencia, lo alivió con su perdón. Además, se trataba de la felicidad de su hijo, y ella bien sabía que para él la felicidad estaba en aquel amor...

Volvía doña Elena con el alma tranquila, como si, al fin, hubiese encontrado un bálsamo que curase su herida y la cerrara definitivamente.

A través de la ventanilla se veía ya el mar inmenso y la ciudad, que parecía avanzar hacia él. El tren había escalado las montañas que escondían los valles maravillosos de la isla y traspuesto la última cumbre.

Allá abajo, la ciudad. Y cercándola por todas partes, el mar. A un lado, el puerto con sus barcos; a otro, el malecón; a otro, la playa, en cuyas arenas amarillas reverberaba el sol.

VI

La llegada de doña Elena puso en conmoción toda la casa. Tía Fidelia, la hermana de su madre, que nunca la regateó su ternura y que la había acompañado siempre en sus horas desventuradas, se apresuró a preguntarle con secreta ansiedad.

Tras de besar apasionadamente a su hija, doña Elena puso sus labios en la frente de Carlos, que estuvo puntual a su llegada.

—Este beso, de tu madre... Me lo has dado para ti. Y bien puedo dártelo, casi como si fuera ella misma.

—Está de acuerdo en que nos casemos,

¿verdad? ¿Y cuándo, cuándo? ¿Han fijado ya la fecha?...

—¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!... ¡Qué prisa tienen estos enamorados! Eso todavía no está convenido. Tenemos que hablar. Ahora todo depende de ti.

—¿De mí? ¡Pero si yo no quiero otra cosa!...

En tanto hablaba, doña Elena iba llevando a Carlos hasta su habitación. Las criadas se dispersaron y tía Fidelia retuvo discretamente a Elenita, para que su madre pudiera hablar con entera libertad con su novio.

Todavía con los avíos del viaje, despojada sólo del sombrero y el velo, doña Elena, una vez en su habitación, hizo que Carlos se sentara frente a ella para hablarle. Pero fueron de él las primeras palabras, porque ella no atinaba a empezar.

—¿Y qué ha dicho mi madre? ¡Cuénteme usted! ¿Qué ha dicho?

—Hemos hablado mucho, mucho... Los dos días que he pasado en su casa son de los más felices de mi vida... Toda la serenidad del valle se ha metido en mi alma...

—¿Con cuánta ansiedad esperaba que usted volviese!

—¿Temías, acaso, que tu madre no accediese?

—Sabiendo ella cómo quiero a Elenita, estaba seguro de su respuesta... La quiero tanto, que me parece que ningún poder humano podría impedir que nos casáramos.

Aquel grito del alma del muchacho llena de confianza a la madre, que encuentra así fuerzas suficientes para la nueva confesión.

—¿Y si yo te dijese que podrías ser tú el que no quisieras?

—¡Eso nunca, nunca!

—¿Con qué seguridad lo dices!...

—¿Y por qué duda usted?

—Lo que voy a decirte te extrañará mucho; acaso la conmoción sea tan fuerte, que arranque de tu pecho las raíces de tu amor por mi hija...

—¡No, eso no! Pero, ¿qué es lo que va usted a decirme?

—Lo que hasta ahora era un secreto sagrado; pero que, de hoy en adelante, tú no debes ignorar... Antes de unir tu vida a la de mi hija es preciso que sepas la verdad... Ella no es culpable de nada; pero la sociedad hace caer sobre los hijos las faltas de los padres...

Terminó su confesión entre sollozos, como si hablara consigo misma o como si se dirigiese a un dios implacable. Fué preciso que Carlos se levantara, solicitado, a calmarla. Ningún cambio en él, ninguna acritud. Se dijera que las palabras de doña Elena habían resbalado por la coraza de amor que le envolvía.

—Ningún castigo a cambio de su felicidad. Si su felicidad es mi amor, aquí está mi amor, íntegro, como antes de saber lo que usted acaba de decirme. Si vacilara en estos momentos, no querría a su hija tanto como la quiero...

—¡Hijo! ¡Hijo mío!... Cuando sepas toda la verdad, sabrás comprenderme y perdonarme...

VII

Es media tarde. Una gran quietud se extiende por toda la casa. Dijérase que el silencio vela el sueño de doña Elena. Todo es paz en el ambiente, como en su alma. ¿Es que se inicia una nueva existencia, tranquila y apacible, sin sobresaltos ni inquietudes?

Sin embargo... Mientras doña Elena duerme en su alcoba y tía Fidelia dormita en el patio, en un sillón, y las criadas trajinan en la cocina y Elenita lee una novela en la sala del ventanal, el Destino, más fuerte que todo, capax de

hacer en un minuto un ángel de un demonio y un demonio de un ángel, traza en la quietud del ambiente una línea trágica, inexorable y fatal.

El viajero, que ha salido después de comer, poco antes de que llegara doña Elena, regresa al hotel. Llega a la habitación donde está Elenita, y en vez de seguir hasta la suya, se detiene, se acerca al ventanal, se acerca a ella. La muchacha, que se ha puesto de pie, murmura un saludo, baja los ojos e inicia un movimiento, como si fuera a marcharse. El la detiene con su sonrisa, que abre ante ella como una red.

—No se vaya usted... No sea usted cruel... No desaparezca como una divina aparición...

—Se burla usted. ¿Qué puede encontrar en mí, pobre isleña, un hombre que ha recorrido el mundo?

—El mundo no vale lo que una muchacha como usted.

—¿Qué valgo yo? Si no le obligan a usted a quedarse, ni se hubiese fijado en mí...

—Nada me obliga a quedarme. Eso he hecho creer a todos, y es bueno que lo crean.

—¿Cómo?

—Sí. Me he quedado por mi gusto, para poder estar a su lado.

—Calle, calle usted...

¿Teme Elenita que le oigan los demás, o teme oírle ella misma? ¿Qué sortilegio hay en la voz del viajero? Pasan sus palabras sobre su alma como las olas, como el viento, llevándose cuanto la vida ha acumulado en ella, arrastrándola. Es como si de pronto perdiera la memoria de su pasado y naciera de nuevo a la vida, a merced de aquella voz que acaricia su oído.

—Cuando la vi por primera vez comprendí que no podría seguir adelante en mi viaje; que aquí estaba el término de mi viaje... No sé lo que ha pasado por mí, que desde que la he visto siento la energía y el deseo de vivir de cuando tenía veinte años...

—Tengo miedo...

—No tiembles, divina criatura...

El aventurero comprende que aquel ser, que tiembla sugestionado por sus palabras, ya le pertenece, y acercándose más, casi rozándola con su aliento y con sus manos, la habla más íntimamente, tuteándola.

—No tienes nada que temer. Mi amor será como una coraza que te defienda de todo. Será llama acariciadora, que te envuelva y que te preserve de todo mal. Te llevaré conmigo por el mundo, a ver nuevas tierras y nuevos mares, a gozar de una felicidad que no conocerías nunca encerrada en esta isla...

¿Qué hechizo tienen las palabras del aventurero? Es como si se concretaran en ellas las voces misteriosas que ha oído desde niña al mar y al viento, aquellas voces embrujadoras que se dijera que ya venían en sus oídos al nacer. Vencida, como transportada a un mundo quimérico, de sueño, en el que no es dueña de su voluntad, deja que el brazo del aventurero rodee su cintura y la atraiga hacia el ventanal.

—Ven, ven aquí a mi lado. Frente a ese mar, que nos llevará un día hacia tierras lejanas, te hablaré de mi amor... La isla ahora es tu prisión y el mar tu carcelero, carcelero terrible que somete a sus prisioneros al suplicio de Tántalo, porque con la voz de sus olas les habla del mundo mientras los tiene aquí encerrados. Yo te libertaré; yo romperé tu clausura, novicia del ensueño, que te marchitarías aquí soñando... Yo te llevaré hacia el mundo, y nunca será el mundo tan bello como al retratarse en tus ojos...

El aventurero la mira fijamente para

acabar de sorberse su voluntad; acerca a su pecho la cabeza de la virgen, y hunde sus labios en los rubios cabellos, que la circundan como un resplandor.

—¡Ninguna miel más dulce que tus cabellos!...

VIII

Doña Elena despertó sobresaltada, como si un golpe de alarma hubiese llamado desesperadamente a la puerta de su sueño. ¿Quién la llamaba? No había nadie a su alrededor. Escuchó; nada. Sin embargo, había recobrado súbitamente todas sus potencias, como si alguien la impulsara a saltar de la cama. Inconscientemente obedeció a aquella fuerza misteriosa. Se vistió de prisa, con el alma en un hilo. El sueño le había traído una imagen ya casi olvidada; pero la había visto tan claramente, que el sueño se confundía con la realidad. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué cuando más tranquila estaba su alma le traía el sueño aquel sobresalto?

Echó a andar, como atraída por un imán. Llegó a la puerta de la sala, donde se hallaba su hija con el aventurero, y pudo oír las últimas palabras de éste. Lanzó un grito de espanto y se quedó como petrificada.

El aventurero levantó la cabeza, dejó caer los brazos en un gesto de abandono, y Elenita huyó de ellos, como si se libertara... ¿Qué ha pasado por su alma? ¿Hacia dónde va? Ni su madre ni el aventurero se preocupan de ella. Han quedado los dos frente a frente: doña Elena, con un gesto de horror; él, mirándola fijamente, como si hiciera un esfuerzo para recordar.

—Mirame bien... Ya no te acuerdas de mí... Mirame bien... Han pasado tantos años, y, es claro, ya no te acuerdas de mí... ¿Han pasado tantos años y habrán pasado tantas cosas en tu vida!... Es claro, no es lo mismo que cuando en nuestra vida no pasa nada, y si algo pasa, aunque sea muy poco, eso la llena por entero... Yo soy como la roca clavada en el mar; tú, como la ola, que hoy está aquí, mañana en el otro extremo del mundo... Acaso no te acuerdes ni de mi nombre. ¡Tantos nombres de mujer habrán pasado sobre el mío en tu corazón, que sus letras fueron gastándose y borrándose!... En cambio, yo, ¡qué bien me acuerdo del tuyo! Y mira con qué firmeza lo maldigo: ¡Maldito seas, Alonso Roldán! Por lo que hiciste conmigo, por lo que pensabas hacer sin saberlo...

Una llama de odio la exalta y transfigura. El aventurero se pasa la mano por los ojos y recuerda.

—¡Elena!...

—¡Ah! ¿Te acuerdas?... ¿Te acuerdas ahora de una casa parecida a ésta, y de un ventanal así, frente al mar, y de las palabras llenas de encantamiento que un día me dijiste, lo mismo que a esa niña?... ¡Ah, voces tentadoras de Sirena, que encantan nuestra alma ilusionada!... Todo ha ocurrido lo mismo que hace tantos años, menos lo que no podía ocurrir, porque hubiese sido horrible...

—Cálmate, escucha...

—Todo lo que tenías que decirme me lo dijiste entonces. Mentiras, mentiras, mentiras... Caí en tus brazos fascinada... Te fué fácil hacerme tuya... Eras para mí el príncipe encantado que venía de lejos a convertir en realidad todos mis sueños, y estaba a tu merced... Y un día, lo mismo que viniste, te marchaste... Era poco para detenerte el grito de mi vida rota... Dejabas mi vida destrozada para siempre; pero, ¿qué te importaba yo? ¿Es que acaso volverías a acordarte de mí en tu vida aventurera?

—Me hablas con demasiado rigor. Si hubo falta en mí, tanto lo fué por mi pa-

sión como por tu belleza, esa belleza exquisita que los años han respetado... Fué el vértigo de un instante; pero no creí que eso pudiera hacerte desgraciada para toda la vida. Pensé que acaso te casarías y no volvieres a acordarte de mí...

—No, no me casé, y no volví a pensar sino en ti... Tu capricho de un instante, hecho carne de amor, llenó toda mi vida...

—¿Eh?

—¡Esa niña que galanteabas es tu hija!

El aventurero retrocede horrorizado. La emoción quiebra su gentil línea en un gesto de dolor, como herido con sus propias armas.

—Tu hija, sí... ¡Nuestra hija! Pero ella no debe saberlo... Para que no lo supiera, para que nunca sospechara nada, siendo muy niña la traje aquí, a esta ciudad, en todo igual a aquella en que tú me conociste. Era preciso apartarla de la verdad, ponerla al abrigo de toda palabra indiscreta, anular el pasado. ¿Por qué has vuelto a turbar mi vida? ¡Cuántas veces, en mi desesperación, pedí a Dios que se abrieran las olas de ese mar, por el que viniste a mí y por el que te alejaste, y parecieras en él! El mar preservó tu vida y hoy te trae de nuevo... ¿Y para qué? Para descubrirnos lo separados que estamos, para revelarnos que no tenemos nada de común, que eres un extraño...

—¿Y esa hija, Elena, esa hija?—suspira el aventurero.

—Es la venganza de la vida. ¡Y ojalá el recuerdo del acto horrible que estuviste a punto de cometer te impida decir más engañosas palabras de amor! Y ahora, vete, vete de aquí en seguida, y que todo pase como si no hubiese pasado nada...

El alma del aventurero se siente invadida de ternura, y tiene un gesto implorante ante el ademán inexorable de Elena, que le ordena marcharse. Es como si viese de pronto deshojarse el árbol de su juventud y contemplara, a través de sus ramas secas, un nuevo cielo, que las hojas verdes, símbolo de sus vehemencias, no le habían dejado ver hasta entonces. Todo el apasionamiento que había sentido por la nueva mujer se transforma en ternura por la hija inesperada. Ese cielo es el hogar tranquilo, junto a su hija y junto a aquella mujer, que le acusa y que resucita en él la exaltación, la belleza y la dulzura de unos días lejanos.

—No; espera... Esto no puede ser así... Es demasiado grande... ¡Una hija!... Escucha... Aún podemos ser felices...

—¡No, no puede ser!

—Que sea ésta la hora del perdón y que empiece el descanso...

—¡No! Para ti es la hora de la expiación...

—¡Nuestra hija!

—Para todo el mundo, y sobre todo para ella, sólo mi hija. Tiene diecisiete años; poco más o menos, la edad que yo tenía cuando te conocí. Tiene un novio; va a casarse... Y ha oído de tus labios, como yo la oí, la voz fascinadora de la aventura, que llega del mar... ¡Y esa voz es la tuya! ¿Comprendes todo el horror de lo que has hecho? Es preciso que ella no vuelva a verte, que no vuelva a oír tu voz, que estuvo a punto de perderla y perdernos a todos.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡No volver a verla!...

—¿Cómo podrías mirarla ya cara a cara?

—¡Qué horror! ¡Qué horror!

—Ella cree que su padre murió y adora su recuerdo, que es como una sombra a la que yo he dado vida para no encontrarnos tan solas, y esa sombra tiene más vida que tú.

Insiste el aventurero. Reclama sus derechos. Suplica. Y ya es con miedo, con un modo de presentimiento doloroso, que le dice Elena:

—Cuando se va como tú por el mundo, no se deben volver los ojos al pasado... No se debe mirar hacia atrás... Vete, como te fuiste hace dieciocho años... Vete, para evitar una desgracia mayor...

IX

Se ha hecho de noche. Apenas se ven. Y aquellos dos seres son, en la oscuridad de la estancia, dos sombras.

En el ambiente denso flotan las últimas palabras de Elena con un temblor de presentimiento:

—¡Vete, para evitar una desgracia mayor!

Ella se resiste a encender la luz, tal vez porque tiene miedo de encontrarse en ese instante supremo con el rostro de aquel aparecido, que parece venir de su pasado más que de lejanas tierras. Un miedo extraño la va penetrando, un miedo sin causa definida, que agita todo su ser y hacer castañetear sus dientes.

En el silencio de prima-noche se hace más patente, y hasta se dijera que avanza el ruido de las olas al chocar contra el malecón.

Elena está a punto de romper en sollozos o en gritos. Su vida toda está en suspenso y una mano invisible aprieta su corazón. Una sombra más negra que la sombra de la noche aletea a su alrededor, como si en la habitación hubiese penetrado una bandada de cuervos silenciosos y fúlbidos.

Se oye un rumor lejano, como plañido del viento o de las olas, que avanza.

—¡Elena!

El aventurero se acerca a la mujer con un movimiento instintivo, y ésta, al sentir en las suyas el roce de sus manos, lanza un grito de espanto.

El rumor que podía creerse al principio un plañido del viento o de las olas, se hace más perceptible. Son ayes y lamentos de mujeres, que anuncian desgracia. Y junto con las voces, un arrastrar de pasos precipitados, que hace clara y patente la sensación de un cortejo plañidero que avanza. Las voces tienen un acento patético que pone miedo.

El aventurero da luz a la estancia, y Elena se lleva las manos a los ojos, como para cerrarlos a una visión horrible. Tiene palidez de muerta y la envuelve un sudor frío.

Algunas voces aisladas llegan como heraldos del coro lastimero.

—¿Qué desgracia!

—¡Dios mío!

—¡Virgen santa!

—¡Y esa madre! ¡Esa madre!

Las gentes llegan a la puerta del hotel, invaden la casa, se oyen pasos apresurados y palabras de lamentación; suben la escalera, cruzan las habitaciones y se detienen a la puerta del aposento donde está el ama. Nadie se atreve a entrar. Hay un momento de terrible angustia, en el que Elena contempla al grupo de plañideras con gesto de trágica ansiedad.

—¡Qué gran desgracia!

—¡Matarse! ¡Si era una niña!

—¡Qué raro! ¡Pobrecilla!

No necesita oír más. Parece desanudarse la cuerda del presentimiento que apretaba su cuello, y lanza un grito de horror:

—¡Hija! ¡Hija mía!...

Echa a correr, rompiendo el compacto grupo de mujeres, poseída de furiosa desesperación.

Llega a la puerta de la casa al mismo tiempo que desembocan por la calle dos

rudos marineros, trayendo en unas angarillas el cuerpo de Elenita, toda blanca en su traje blanco, con sus pálidos cabellos mojados, pegados a sus sienes. Multitud de curiosos rodea el cadáver y le sigue.

Para alumbrar el fúnebre cortejo se han encendido todas las luces del cielo y las del puerto...

Es tan fuerte la conmoción que recibe la madre ante aquella escena, que cae desvanecida. Algunas mujeres, y la primera, tía Fidelia, se adelantan a socorrerla, y en tanto el fúnebre cortejo entra en la casa, se esfuerzan en hacerla volver en sí.

—¿Y cómo ha sido?

—Vagaba por la playa...

—Parecía como encantada...

—Había marea alta. Se sentó en la arena y dejó que las olas, que avanzaban, fueran cubriéndola...

—Desde la puerta de mi casa la vi yo. Pedí auxilio. Pero ya era tarde. Cuando la sacaron del mar estaba muerta...

—¡Qué desgracia, Dios mío!

—¿Y dicen que lo haría a posta?

—Eso parece.

—¿Pero cómo ella iba a tener voluntad para matarse?

—¡Parece cosa de maleficio!

En tanto las mujeres comentan, Elena va volviendo en sí. Primero es un hondo suspiro, que levanta su pecho con gran esfuerzo; luego abre los ojos, como extrañada, y mira a uno y otro lado, sin comprender.

Todavía sin poder articular palabra, mira y vuelve a mirar, buscando... Luego, es un grito desgarrado y desgarrador, que lo llena todo, que parece extenderse por la ciudad y conmueve la casa hasta en sus cimientos.

Se levanta violentamente de la silla donde la habían acomodado manos solícitas, y sube, desmelenada y trágica, a la sala donde reposa el cuerpo inanimado de Elenita, aún sobre las angarillas, entre la multitud curiosa. Como si no viera a nadie, se abalanza sobre el cadáver de su hija, y no hay quien la separe de él hasta tanto toda su energía se ha deshecho en lágrimas.

Cuando logran apartarla se encuentra con el rostro del aventurero, en el que la sonrisa fascinadora se ha cambiado por un gesto trágico. Dijérase que ha envejecido muchos años y que una súbita ancianidad se patentiza en sus cabellos blancos.

—¡Vete!

El aventurero obedece, como criminal que ha de cumplir una sentencia. Baja la cabeza, se dirige a la escalera, cuya luz nadie se ha ocupado de encender, y se pierde en la oscuridad, sombra entre las sombras.

Elena murmura, enloquecida:

—Es él, es él quien me la lleva... Vino a buscarla... Volvió para arrebatármela... No se contentó con llevarse un día mi vida... Ahora se lleva la de ella... ¡Qué desolación!

—¡Desvaría!

—¡Pobre madre!

—¡Si es para morir!

—¡Su única hija!

—¡Virgen santa!

—¡Dios mío!

Una nueva figura desolada irrumpe en la habitación. Es Carlos. Es el novio. Cuando ya no tenía dudas de que aquella criatura sería para él, vino la muerte a quitársela. Mira el cadáver de su novia como alucinado. No comprende. Es como si se sintiera aplastado por una fuerza mil veces superior a la suya. Actúa en su alma la tragedia del hombre vencido por la fatalidad, y no es un ímpetu de lucha ni de protesta lo que en él siente, sino un deseo de seguirla

hacia el más allá, desde donde parece llamarle...

Persistente, sobre todos los llantos y las lamentaciones y las voces, se oye el rumor del mar, como si eternamente estuviera musitando desgracias...

Valentín DE PEDRO

Los Libros de la Semana



Nuevas canciones, por Antonio Machado. — En un bello libro, bajo el título de *Nuevas canciones*, Antonio Machado, nuestro excelso poeta, acaba de reunir algunas de sus más bellas composiciones. Ningún otro español contemporáneo como este poeta

andaluz de la más preciosa estirpe castellana, posee el divino secreto de la emoción lírica. A la forma clásica, de suprema sencillez y pristina transparencia, une Antonio Machado un pensamiento tan elevado como hondo, tan noble y puro. Sus versos regalan el oído y templan el alma: manantial y música a un tiempo mismo.

Primera actriz

única (novela), por

Valentín de Pedro.

Reciente todavía el

gran éxito obtenido

por su novela

Una aventurera,

Valentín de Pedro,

el notable escritor

y poeta argentino,

tan español ya y

tan nuestro, acaba

de publicar otra

novela, llamada,

indudablemente, a

superar el éxito de la

precedente. *Primera*

actriz única es un

libro lleno de amenidad

e interés. La amplitud

del pintoresco escenario

donde se desenvuelve

la acción y el vigoroso

trazado de los personajes,

amén del limpio y

jugoso diálogo, cautivan

la atención del lector

en progresión creciente.

Valentín de Pedro se

está conquistando uno

de los primeros puestos

entre los novelistas

españoles contemporáneos.



Vida Literaria y Artística

Algunas frases de Dumas hijo

Alejandro Dumas (hijo), cuya condición de gran autor dramático es ciertamente discutible, y cuyo centenario se va a celebrar muy en breve, era hombre de mucho ingenio. He aquí algunas de sus frases más conocidas:

Los hombres creen que sienten celos de ciertas mujeres, porque están enamorados de ellas; esto no es cierto; están enamorados, porque sienten celos, lo que es bien diferente. Probables que sus celos no tienen razón de ser, y advertirán inmediatamente que no están enamorados...

No discutáis jamás. No convenceréis a nadie. Las opiniones son como los clavos: cuanto más se machaca sobre ellos, más se les afirma.

La vejez no es soportable sin un ideal o un vicio.

¿El deber? Lo que nosotros exigimos de los demás.

Tú consentirías en vivir toda tu vida con un hombre de sesenta años.

Toda mi vida, no; toda la suya, sí.

Un imbécil es un malo con el arma al brazo.

De todas las locuras que el hombre está dispuesto a hacer, el matrimonio es, al menos, la única que no puede cometer todos los días.

¿Por qué no se ha de amar a la mujer propia?... ¿No se ama a la del prójimo?...

Una mujer bien educada no pasa de una pasión a otra sin un intervalo de tiempo más o menos largo. No suelen ocurrir nunca dos accidentes seguidos en una misma línea férrea.

En amor, el último adiós es sólo aquel que no llega a pronunciarse.

Dios pesca a los hombres con anzuelo; el diablo, con red.

La cadena del matrimonio es tan pesada, que para poderla llevar se tienen que reunir dos; a veces, tres.

Hay gentes que no se arrepienten sinceramente mas que de sus buenas acciones.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

ACABA DE APARECER

EL LIBRO DE MI SUEÑO ERRANTE

novela por

= GUIDO DA VERONA =

una de las obras más apasionadas, amenas y sugestivas del gran escritor italiano, de los literatos más leídos en todo el mundo

En todas las librerías y en la = CASA DEL LIBRO = Pi y Margall, 7 (Gran Vía)

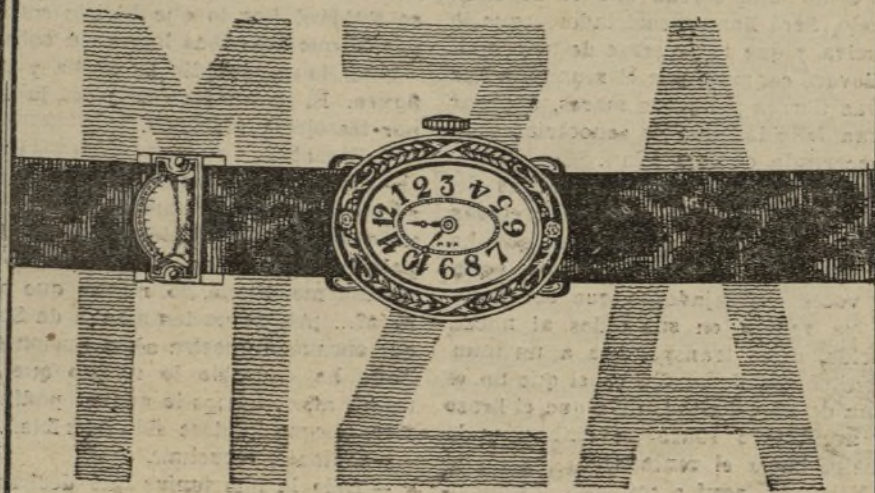
EL IMPARCIAL se vende en París en los principales quioscos y en casa de los Sres. Corbaty Frères, rue de Ste. Cecile, 10.

ESCUELA BERLITZ ARENAL, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán e italiano. — Clases generales e individuales. — Traducciones.

CARLOS COPPEL



Fuencarral, 27

HELIO